

Por la Invención de una Nueva Política en Occidente*

por Pierre Bourdieu

Me siento un poco agobiado por la inmensidad de la tarea que quisiera cumplir aquí, delante de ustedes: sería necesario reunir las capacidades y los talentos de un Karl Krause y de un Karl Marx, de un Max Weber y de un Emile Durkheim, y de algunos otros, para estar a la altura de las expectativas sociales que la idea de “movimiento social europeo” ha suscitado. Voy a hacer cuanto pueda, y ustedes podrán prolongar mi declaración, individual o colectivamente, porque mi fin es aportar, no un pensamiento acabado, cerrado, sino un programa de trabajo, destinado a hacer reflexionar y a hacer pensar.

El mundo económico y social ha conocido, en el curso de los últimos años, inmensas transformaciones de las cuales es necesario tomar la medida, pero una justa medida. Es necesario evitar ignorarlas o subestimarlas, por no hacer todo el trabajo de investigación y de documentación que es necesario para aprehenderlas en toda su amplitud y darse los instrumentos teóricos indispensables para asirlas en su sistematicidad; es necesario también no sobreestimarlas, a la manera de aquellos que, preocupados por no olvidar nada de la “modernidad” o de la “pos-modernidad” y por afirmar sin demasiado costo su diferencia, toman prestado el lenguaje apocalíptico de la “mutación”, incluso de la “revolución”, para evocar la “nueva economía” o el “nuevo espíritu del capitalismo”, y se prohíben así, poner al día los mecanismos que –en su mayor parte ya conocidos, como los que aseguran la reproducción del capital cultural- aseguran per-

* Conferencia ofrecida en Berlín, el 1º de mayo del año 2000, y que lleva por título original: “Pour une nouvelle *aufklärung* européenne”. Traducción de Alicia B. Gutiérrez

manencias y constancias más allá de las variaciones y de los cambios.

Luego de haber dado, en un primer momento, un modelo simplificado de esos cambios económicos y de sus efectos sociales, intentaré, en un segundo momento, evocar las relaciones de fuerza que se instauran hoy entre los dominantes, antes de intentar desprender de estos análisis, en un tercer momento, algunos principios de acción para un movimiento social europeo.

I. Una máquina infernal

Bearle y Means oponían (en los años 30') a *los accionistas, los propietarios (owners)*, y a *los managers, los ejecutivos*, cuyo triunfo anunciaban. Hoy se asiste al retorno de los accionistas al poder. Pero este triunfo no es sino *aparente*: no tienen más poder que en la época de la “tecnestructura” de Galbraith. De hecho, los amos de la economía no son ni los pequeños portadores individuales de acciones, como lo querría la mitología de la “democracia de los accionistas”, ni tampoco los *managers* sometidos a la tiranía de las tasas de beneficio, es decir, esos Presidente-Director General que son susceptibles de ser despedidos (la mayoría de las veces con formidables “indemnizaciones”) en función del examen trimestral del “valor accionario” que han realzado, o esos ejecutivos que son pagados a corto plazo por el porcentaje de los negocios que aportan y que siguen *al día* los cursos de la Bolsa, de los cuales dependen el valor de sus *stock-options*.

Se asiste a una nueva *concentración del capital en las manos de un pequeño número de inversores llamados institucionales* que controlan una parte creciente de los capitales, por lo tanto, las inversiones. Los gestionarios de las grandes instituciones (fondos de pensión, grandes compañías de seguros y, sobre todo en los Estados Unidos, fondos de inversiones colectivas, *money market funds or mutual funds*) dominan el campo del capital financiero en el cual este capital financiero es una apuesta y un arma y, por ello, detentan un formidable poder de presión, tanto sobre las empresas como sobre los Estados. Están así en condiciones de imponer lo que Frédéric Lordon llama, por una referencia irónica al salario mínimo, un *ingreso accionario mínimo garantizado* del capital

(lo que en términos técnicos se llama el EVA, Economic Value Added): los gestionarios de los fondos de pensión, que están presentes en los consejos de administración (*corporate governance*) de las empresas, buscan beneficios cada vez más elevados (12, 15 y hasta el 18% del capital invertido) que las firmas no pueden alcanzar sino al precio de despidos, haciendo recaer el riesgo sobre los asalariados (es decir, de paso, que los dominantes, y aquellos que, como Ulrich Beck y Anthony Giddens –tan prontos a exaltar el riesgo– se hacen sus portavoces, demandan de los dominados virtudes de las que ellos se ocupan de eximirse). En efecto, transfieren sobre los managers el imperativo de los beneficios a corto plazo, que deviene así el fin práctico de todo el sistema –sin tener en cuenta las consecuencias ecológicas y sobre todo humanas y fuera de toda preocupación por ser fieles a los asalariados que, como lo observa Jean Gadrey, podría ser el principio de otra economía.

Mientras que el sistema anterior, llamado fordista, realizaba el beneficio gracias a la productividad del trabajo, tenía como contrapartida la seguridad del empleo y un nivel de remuneración relativamente elevado, que, alimentando la demanda, sostenía el crecimiento y el beneficio, el nuevo modo de producción maximiza el beneficio reduciendo la masa salarial por la compresión de los salarios y los despidos, inquietándose el accionista sólo por los cursos de la Bolsa de los que depende su ingreso nominal y por la estabilidad de los precios que debe mantener el ingreso real lo más cerca posible del nominal.

La búsqueda del beneficio a corto plazo comanda todas las elecciones: la política de reclutamiento, sometida al imperativo de flexibilidad –y de movilidad (con el reclutamiento sobre contratos a corto plazo o con base temporaria); la individuación de la relación salarial; la ausencia de planificación a largo plazo, especialmente en materia de mano de obra. Con la amenaza constante de la “regulación del empleo”, toda la vida de los asalariados está ubicada bajo el signo de la inseguridad y de la incertidumbre.

Así se ha instituido un régimen económico que es inseparable de un régimen político, un modo de producción que implica un modo de dominación, fundado sobre la *institución de la inseguridad*, la domina-

ción por la precariedad: un mercado financiero des-regulado favorece un mercado de trabajo des-regulado, por lo tanto, un trabajo precario que impone la sumisión de los trabajadores. [Por ejemplo, es así como se explica el hecho, sobre el cual los economistas se interrogan, y que está sin duda ligado también, por una parte, al debilitamiento de los sindicatos, de que en Estados Unidos los salarios permanezcan muy bajos aunque la desocupación sea también muy baja]. En las empresas, uno está en relación con un management racional que utiliza el arma de la inseguridad (entre otros instrumentos) para poner a los trabajadores en estado de riesgo, de stress, de tensión, y favorece la auto-explotación. A diferencia de la precariedad “tradicional” de los servicios y de la construcción, la *precariedad institucionalizada* de las empresas del futuro deviene principio de la organización del trabajo y estilo de vida. Ciertas empresas de tele-venta o de tele-marketing, cuyos asalariados, los “tele-consejeros”, deben telefonar a domicilio para vender los productos, han puesto a punto un régimen que, desde el punto de vista de la productividad, del control y de la vigilancia, de los horarios de trabajo y de la *ausencia de carrera*, es un verdadero *taylorismo de los servicios* (límite: *click in, click out*). Por oposición a los obreros especializados del taylorismo, los asalariados son muy calificados (son frecuentemente estudiantes que han fracasado en cursos de carreras universitarias, técnicos reconvertidos), frágiles socialmente (son de primera generación en la universidad). Las cajeras de supermercado han devenido, gracias a la informatización del registro de los precios, verdaderas trabajadoras en cadena, en suertes de obreros especializados de la “nueva economía”, cuyas cadencias son calculadas, cronometradas, controladas, y cuyos empleos del tiempo varían a merced de las fluctuaciones de la ola de clientes.

Se puede temer que las estructuras de este *sistema en inestabilidad crónica*, inscribiéndose en los cerebros, bajo forma de estructuras cognitivas, contribuyan a producir un *hombre nuevo*, calculador universal llevado al cinismo oportunista en política (y en otra parte), o a la inconstancia y también al individualismo, por no decir al egoísmo, favorecido por la corrosión de la persona y la destrucción de las solidaridades (de los lazos familiares, especialmente).

Pero la mayor consecuencia de este nuevo modo de producción es la

instauración de una *economía dualista* (muy semejante a aquélla que he observado en Argelia en los años 60', por un lado, con un enorme ejército industrial de reserva, formado por un sub-proletariado sin carrera, sin futuro, sin proyecto, individual o colectivo, y condenado por ello a los ensueños milenaristas –más bien que a las ambiciones revolucionarias- y, por el otro, una pequeña minoría privilegiada de trabajadores estables y dotados de un salario permanente). La dualidad de los status y de los ingresos no deja de incrementarse: los empleos subalternos de servicio, sub-pagados, con débil productividad, no calificados o sub-calificados (fundados sobre un “short term on the job training”) y sin asegurar carrera, en resumen, los *empleos rechazables* de una “sociedad de servidores” (André Gorz) se multiplican. Según Jean Gadrey citando una investigación americana, de los 30 trabajos que van a crecer más, 17 no exigen ninguna calificación y 8 exigen una calificación superior. De 10, 7 no exigen ninguna calificación. En el otro extremo del espacio social, los *dominantes-dominados*, es decir, los ejecutivos, conocen una forma nueva de alienación, la inseguridad de lujo de la *hurried leisure class*, que gana mucho dinero, pero que no tiene tiempo para gastarlo. Esta posición ambigua, equivalente a la de los pequeño-burgueses en otro estado de la estructura, conduce a formas de auto-explotación organizada: la duración anual media del trabajo progresa en los Estados Unidos con una declinación correlativa del tiempo de ocio.

Por más que lo digan los profetas de la “nueva economía”, este dualismo jamás se ve tan bien como en *los usos sociales de la informática*. Los cantores de la “nueva economía” y de la visión Silicon Valley (Manuel Castells, en *La société en réseaux*, habla de un “capitalismo colectivo sin rostro, compuesto por flujos financieros administrados por redes electrónicas” –p. 530) tienden a considerar los cambios económicos y sociales observables hoy como un efecto fatal de la tecnología, mientras que son el resultado de los usos sociales económica y socialmente condicionados que se hace de ella. De hecho, contrariamente a la ilusión de la novedad sin precedentes, las coacciones estructurales inscriptas en el orden social –como la lógica de la transmisión del capital cultural y escolar, que es la condición del dominio verdadero de las nuevas herramientas, *tanto técnicas como financieras*-, continúan pesando sobre el presente y formando lo inédito y lo inaudito.

La investigación estadística sobre los usos de la informática muestra que la ruptura es muy fuerte entre los “interactores” y los “interactuantes” y que ella tiene por principio la distribución desigual del capital cultural, por lo tanto, en último extremo, el sistema escolar y la transmisión familiar del capital. (Uno ve, de paso, que la utilización de la noción de capital cultural más bien que la de “capital humano”, adoptada por los economistas, tiene por virtud evitar la *naturalización* de las diferencias económicas y sociales basadas en capital cultural, relacionando esas diferencias con diferencias sociales de formación, de origen social, y no de “dones” naturales). El utilizador modal de la informática es un hombre, de menos de 35 años, que ha hecho estudios superiores, dotado de un ingreso elevado, ciudadano y que habla inglés. Y no hay casi nada en común entre los virtuosos que pueden escribir ellos mismos sus programas y los nuevos trabajadores en cadena de la informática, tales como los asistentes telefonistas que hacen las 3/8 por mantener la *hot line* de los proveedores de acceso 24 horas sobre 24 o los *net surfers* que alimentan los anuarios o los integradores HTLM que hacen copier-collar y que, atomizados, aislados, desprovistos de toda representación (delegados del personal), están destinados a la rotación, etc. Asimismo, en el orden de los usos económicos y financieros, los que están conectados a Internet y disponen de terminales o de programas que les permiten comerciar y efectuar operaciones bancarias a domicilio, se oponen a los que están apartados de esta red.

Así mismo, el mito según el cual Internet debía cambiar las relaciones entre el Norte y el Sur está completamente desmentido por los hechos: en 1997, el 20% más rico de la población mundial representaba el 93.3% de los utilizadores de Internet, y el 20% más pobre, 0.2%. Lo inmaterial, tanto al nivel de las naciones como de los individuos, se apoya sobre estructuras bien reales, como los sistemas de enseñanza y los laboratorios en el caso de las naciones.

En el seno de las sociedades más ricas, este dualismo descansa, en gran parte, en la distribución desigual del capital cultural que, además que continúa determinando en gran medida la división del trabajo, constituye un instrumento muy potente de *sociodicea*. La clase dirigente debe, sin duda, su extraordinaria *arrogancia* al hecho de que, estando dotada

de un muy fuerte capital cultural –o escolar- (ha terminado la oposición confortable entre el artista desinteresado e inspirado y el burgués filisteo del siglo XIX), se siente perfectamente justificada de existir como existe (el paradigma del nuevo burgués conquistador podría ser Bill Gates). El diploma no es solamente un título de nobleza escolar; es una garantía de *inteligencia*, de inteligencia natural, de don. Es así como la “nueva economía” tiene todas las propiedades para aparecer como el mejor de los mundos (en el sentido de Leibniz y sobre todo de Huxley): es global –y los que la dominan son internacionales, políglotas y policulturales (por oposición a los locales, “nacionales” o “provincianos”); es “*inmaterial*”, produce y hace circular objetos inmateriales, información, productos culturales. [La computadora manipula información, códigos, símbolos, mensajes]. Ella puede así aparecer como una economía de la inteligencia, reservada a la gente inteligente (lo que le atrae la simpatía de los periodistas y de los ejecutivos “conectados”). La sociodicea toma aquí la forma de un *racismo de la inteligencia*. Los pobres no son pobres como en el siglo XIX porque son imprevisores, gastadores, intemperantes, etc. (por oposición al *deserving poor*), sino porque son imbéciles, incapaces intelectualmente, idiotas. En resumen, “no tienen sino lo que merecen” escolarmente. Ciertos economistas, como Becker, pueden encontrar en un neo-darwinismo que hace de la racionalidad postulada por la teoría, el producto de la selección natural de los mejores, la justificación imparable del reino de “the best and the brightest”. Y el lazo es cerrado cuando la economía demanda a la matemática (devenida en uno de los mayores instrumentos de la selección social) la justificación *epistemocrática* más indiscutible del orden establecido. Las víctimas de un orden de dominación tan potente, que puede reclamarse un principio de dominación y de legitimación tan universal como la racionalidad (relevada por el sistema escolar), son heridas, muy profundamente, en su imagen de sí mismos. Y es sin duda por este rodeo que puede establecerse la relación, la mayoría de las veces desapercibida o incomprendida, entre las políticas neo-liberales y ciertas formas facistoides de revuelta de los que, sintiéndose excluidos del acceso a la inteligencia y a la modernidad, son remitidos hacia el refugio de lo nacional y del nacionalismo.

II. La *Realpolitik* de la razón y la función de los

investigadores

El capital cultural es intrínsecamente ambiguo: instrumento de comunicación, es también instrumento de dominación (como los nuevos medios de comunicación, la cultura une y separa). La clase de los managers está marcada por la ambigüedad del capital que funda su dominación. Los “ejecutivos” son trabajadores intelectuales que, provistos de una competencia socialmente reconocida y dotada de valor mercantil, no tienen la propiedad de sus medios de producción y su función principal en la división social del trabajo es la de contribuir a la reproducción de la cultura y de las relaciones sociales establecidas. En la producción económica, la parte de las inversiones propiamente culturales (investigación y desarrollo, ingeniería, concepción, diseño, publicidad, marketing, gestión financiera) no deja de crecer sin que el peso económico y político de los detentadores de capital cultural crezca en proporción: el capital cultural queda subordinado al capital económico, único capaz de concentrar el capital cultural y de asegurarle los medios concentrados (laboratorios, etc.) que son necesarios para su pleno rendimiento. Constituyen una nueva *Bildungsbürgertum* internacional (Chicago boys, miembros de grandes *law firms* y de ONG, etc.) que deben a sus orígenes sociales elevados un capital lingüístico y disposiciones distinguidas y distintivas favorables a la circulación internacional y que, unidos por la cultura, están separados por la cultura de las otras clases.

Dicho esto, todos estos cuasi intelectuales constituyen una fracción dominada al interior del nuevo campo del poder y, en cuanto tales, están inclinados a actitudes ambivalentes respecto a los dominantes. El dominio de los dominantes económicamente se ejerce sobre ellos, a la vez, económica y simbólicamente, y ello tanto más, cuanto están más próximos del campo económico propiamente dicho o cuanto la autonomía de su campo de producción es más débil respecto al campo económico (como puede verse bien en el caso del campo periodístico). En el campo científico se había elaborado, y expresado, en el siglo XIX, una exaltación del desinterés que, como lo ha mostrado Thomas Haskell, se ha afirmado, especialmente en R. H. Tawney, Emile Durkheim o Charles S. Pierce, contra el interés que reina en el universo capitalista. Esta preocupación de no dejar el mundo a las fuerzas ciegas de la economía y de extender

al mundo social los valores profesionales de los científicos, se inspiraba en la convicción, sin duda un poco ingenua, de que el mundo de los científicos era una suerte de utopía realizada.

Estoy convencido de que es necesario reanudar hoy esta tradición muy crítica de la extensión de los valores del mercado a todas las esferas de la vida, pero apoyándose en una visión realista del mundo científico que, como lo observaba Pierce, “funciona sobre la base de la rivalidad y de la competencia (como el campo económico) y no de la cooperación y del amor” o, para hablar como Habermas, de la comunicación no instrumental. Sin retomar aquí en detalle mis análisis que podrían fundar completamente proposiciones destinadas de otro modo a parecer ingenuas y perentorias, me contentaré con recordar que los campos científicos (y, en un menor grado, burocráticos) son universos sociales totalmente particulares donde las coacciones sociales progresivamente instituidas a lo largo de la historia tienen por efecto imponer un verdadero *interés por el desinterés*, una pasión por la razón, un amor de la verdad asociada a esta forma de desinterés caracterizada por la indiferencia respecto a las gratificaciones materiales.

Pero, como lo hago aquí, llamando a los investigadores a movilizarse para defender su autonomía y para imponer en el conjunto del mundo social los valores ligados a su oficio, tengo conciencia de tomar el riesgo de aparecer como pretendiendo el leadership de un movimiento intelectual (percepción alentada por los diarios que, personalizando toda intervención, hacen creer que se trata de obtener una adhesión a una persona o a sus ideas). Y también de exponerme a chocar con aquellos que, eligiendo las facilidades virtuosas del encierro en su torre de marfil, ven en la intervención fuera de la esfera académica una peligrosa falta a la famosa “neutralidad axiológica”, identificada, con razón o sin ella, a la neutralidad científica. Si es necesario tomar el riesgo de ser mal comprendido, incluso condenado sin examen, en nombre de la virtud académica misma que se intenta defender contra ella misma, es que sólo esta suerte de *intelectual colectivo*, que requiero con deseo, me parece capaz hoy de inventar y de imponer, en lazos con los sindicatos, las asociaciones y todos los grupos en lucha, una *Realpolitik de la razón*, una política de intervención en el mundo social que obedezca, tanto como

sea posible, a las reglas en vigor en el campo científico; capaz también de hacer entrar en el debate público, donde están trágicamente ausentes, las conquistas más avanzadas de la ciencia –y de reducir al silencio o a la prudencia, a los ensayistas charlatanes e incompetentes que ocupan todo el tiempo los diarios, las radios y la televisión–; capaz en fin de liberar toda la energía crítica que permanece encerrada en los muros de la ciudad sabia, partida por una virtud científica mal comprendida, que prohíbe al homo academicus mezclarse en los debates plebeyos del mundo periodístico y político, partida por el efecto de las costumbres de pensamiento y de escritura que hacen que los especialistas encuentren más fácil y también más rentable, desde el punto de vista de los beneficios propiamente académicos, reservar los productos de su trabajo para publicaciones científicas que no son leídas sino por sus semejantes. Conozco muchos economistas que dicen en privado su desconfianza del uso que los presidentes de bancos centrales hacen de sus teorías para justificar sus decisiones y que se indignarían sin duda si uno les recordara que ellos son responsables, por su silencio, y por una parte que está lejos de ser despreciable, de la contribución que la ciencia económica aporta a la justificación de políticas políticamente inaceptables y científicamente injustificables.

Quisiera, para terminar, decir que mi primera contribución a la empresa colectiva que requiero con deseo, podría ser no la de proponer, aunque más no fuese el esbozo de un programa de acción, sino la de apelar y la de trabajar en la invención de la organización del trabajo que es necesario para producir el intelectual colectivo interdisciplinario e internacional que será capaz de producir tal programa. En otros términos, la tarea más urgente es la de encontrar los medios (materiales, económicos y también intelectuales), en primer lugar, para incitar a todos los investigadores competentes y de buena voluntad a aceptar entrar en el juego de la investigación colectiva y unir sus esfuerzos para proponer, discutir, elaborar e imponer colectivamente un conjunto de problemas y de proposiciones progresistas que, hoy, no existen sino en el estado virtual de pensamientos privados y aislados (revueltas, indignaciones, utopías, proyectos, etc.) o en estado disperso, en publicaciones marginales, informes confidenciales de la literatura sombría, revistas esotéricas; y, en segundo lugar, coordinar (es decir, integrar, sin ninguna voluntad de

anexión) *las actividades críticas, a la vez teóricas y prácticas, de todos los investigadores y de todos los militantes* que han aparecido para llenar las lagunas del pensamiento y de la acción políticas despolitizantes de la social-democracia en el poder, e inventar *una nueva manera de hacer la política*, instaurando estructuras de investigación, de discusión y de movilización a varios niveles (internacional, nacional y local, con consejos de ciudad, de fábrica, de taller, de oficina, de universidad, etc.) capaces de instituir un verdadero *internacionalismo práctico*, manteniendo al mismo tiempo el contacto con la base.

Es claro que jamás ninguna recolección de documentalista, por minuciosa y exhaustiva que fuera, ninguna síntesis de teórico, por genial que pudiera ser, podrá tener el lugar del producto de la confrontación entre investigadores girados hacia la acción y de los militantes nutridos de experiencia y de reflexión, entre –en desorden, como me vienen a la mente– de los Claus Offe, Jean Gadrey, Franz Schultheis, Frédéric Lordon, Amartya Sen, Loïc Wacquant, Detlef Hensche, Günther Grass, André Gorz, los autores de los Cuadernos de la marcha mundial de las mujeres, Annick Coupé, José Bové, Yves Salesse, Edward Saïd, Noam Chomsky, Suzan George, Jürgen Habermas, Philippe van Parijs, Christophe Aguitton, investigadores del INSEE, François Chesnais, James Tobin, Howard Wachtel, Ricardo Petrella, Maurice Lauré, y tantos otros, a quienes se podría unir, cada vez, como tantos epítetos homéricos, la contribución que ellos podrían aportar a la construcción del formidable edificio colectivo, digno por una vez del concepto trillado de “proyecto de sociedad”, tasa-global-para-dominar-la-especulación, asignación universal o invención del movimiento de los desocupados. Esta asamblea imaginaria, soñada, de todos los que tienen algo que decir, verdaderamente, sobre el futuro de Europa, debería sostenerse, realmente, en primer lugar en Viena, en octubre o noviembre de 2000, luego en Atenas, a mayor escala, a comienzos del año 2001, y luego, cada año, en un lugar diferente, tanto tiempo como fuera necesario, para hacer surgir esta *nueva Aufklärung europea*.